

**David GARCÍA HERNÁN, *La guerra y la paz. Una historia cultural*. Madrid, Cátedra, 2019, 399 pp.**

Mónica Yanguas Muñoz  
Universidad Carlos III de Madrid

“A la paz por la cultura” es el lema que guía la nueva obra de David García Hernán, catedrático de Historia Moderna en la Universidad Carlos III de Madrid. *La guerra y la paz. Una historia cultural* (2019) demuestra que el ensayo sigue bien vivo. El autor argumenta que actualmente en Occidente predomina la cultura de la paz, pese a que nos hallamos ante un horizonte incierto.

García Hernán dedica un amplio espacio del libro a examinar la guerra y la paz, como conceptos culturales, en la Edad Moderna. La trayectoria anterior de este historiador, centrada en la alta nobleza y el mundo bélico en dicho período, hace que se convierta en una voz adecuada para hablar sobre esta cuestión. En este caso, ofrece una doble propuesta en la forma de abordar la Historia: por un lado, en torno a un eje cronológico; por otro, temático (la dialéctica entre la cultura de la guerra y de la paz a lo largo de la historia occidental), aunque hubiera sido interesante ver algunas perspectivas en otras culturas.

La obra hace un repaso por toda la historia de Occidente, con una enorme capacidad de síntesis, en un recorrido que se remonta incluso al V milenio a.C. Para ello, parte de un rico estudio historiográfico, en función de una gran diversidad de fuentes. El análisis de las representaciones culturales, especialmente literarias, pero también cinematográficas y musicales, recuerda que la Historia es mucho más que el estudio de una sucesión cronológica de batallas, incluso cuando de guerras y acciones militares se trata. Se evidencia, no cabe duda, la importancia de la multidisciplinariedad de la Historia y, en particular, de la historia cultural. Esto es de suma importancia, puesto que, como él cita, “[...] los conflictos militares no empiezan con el primer tiro, sino con las palabras, las imágenes y las ideas [...]” (vid. p. 21).

Por ello, no es de extrañar que en su obra podamos encontrar desde una referencia a una canción de Bob Dylan hasta un fragmento de una novela del Siglo de Oro. Su libro está cargado de fragmentos de la comedia griega, cantares de gesta, novelas cervantinas, piezas calderonianas, poesía bélica, etc., además de un importante análisis de obras de cronistas, filósofos y tratadistas militares coetáneos. A partir de esta óptica interdisciplinar, el autor nos ofrece una significativa aproximación al imaginario colectivo y, en particular, a las diferentes concepciones de “guerra” y “paz”, que van variando a lo largo de los siglos en la cultura occidental.

Tras una breve introducción (pp. 13-17), la obra se estructura en nueve apartados y una conclusión final. No es casual que tenga su punto de partida en la actualidad, tal y como se observa en “Capítulo 1. Un siglo de supremacía de la cultura de la paz” (pp. 19-66). Esto se explica a partir de la propia consideración que tiene el autor de la Historia: “[...] el conocimiento de nuestro presente a través del pasado, con vistas a estar en la mejor disposición posible para encarar el futuro” (p. 14). Hoy en día, nos hallamos ante un período convulso y de incertidumbre (amenaza del ISIS, Guerra de Siria, populismos antieuropeístas, conflicto de Estados Unidos con Rusia, etc.) que conduce a una pregunta clave: “[...] ¿estamos suficientemente vacunados contra la guerra?” (p. 23).

La terrible experiencia de la Gran Guerra supone, para el autor, un punto de inflexión fundamental en el cambio cultural de la visión ensalzadora de la guerra hacia la consideración de la paz como valor muy superior. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial conduciría a la creación de organismos internacionales, como la ONU o la OTAN, pero también a un universo dual cargado de inquietud y miedo: la Guerra Fría, con todo lo que conlleva (amenaza nuclear, Corea, Vietnam, etc.), y a los conflictos de los últimos decenios: Guerra del Golfo, Irak, Siria, etc.

En el *Capítulo 2. Guerra y paz del mundo antiguo al Medioevo* (pp. 67-108), se hace un recorrido por la Prehistoria, el mundo grecolatino y la Edad Media. En el siglo V a. C., se inicia lo que se conoce como “modelo occidental de guerra” (pp. 74-75), basado en la destrucción como medio fundamental para doblegar al enemigo, a la par que hay una progresiva profesionalidad de los ejércitos. Todos estos períodos tienen en común la exaltación cultural de la guerra, ya sea bajo el concepto de heroísmo (véase, por ejemplo, Gilgamesh o los poemas homéricos), o bajo los valores nobiliarios de los caballeros, tal y como vemos en los cantares de gesta<sup>1</sup>.

En todas estas fases de la historia occidental convergen algunos resquicios para la paz. Por ejemplo, en el mundo grecolatino hallamos una cierta diplomacia, el concepto de *Pax Augusta*, o la comedia de Aristófanes, mientras que en el Medioevo nos topamos con la filosofía de autores como San Agustín (siglos IV-V), Marsilio de Padua (siglo XIV) o Nicolás de Cusa (siglo XV). Sin embargo, la paz, por lo general, era descrita como tranquilidad o ausencia de disturbios, por lo que todavía tenía un carácter temporal.

En el *Capítulo 3. Las monarquías nacionales y la cultura de la guerra* (pp. 109-131), el autor analiza la cultura bélica y belicista en relación con los procesos de “formación del Estado moderno” y “revolución militar”. Sea como fuere, nos hallamos claramente ante un período de ensalzamiento de la guerra, como se observa en los propios humanistas (nótese en Maquiavelo, Hernando del Pulgar o Antonio Nebrija), así como en los literatos del Siglo de Oro español (Calderón de la Barca, Lope de Vega o Juan Rufo).

Pese a todo, García Hernán no deja de lado los espacios para la paz que emergieron en esta época, aunque en la mayoría de los casos se quedaron en un plano teórico. Cuestión esta a la que dedica dos apartados íntegros: el *Capítulo 4. La paz en el humanismo cristiano renacentista* (pp. 133-177) y el *Capítulo 5. Literatura en la Europa dividida: espacios para la paz* (pp. 179-211). Algunos humanistas, como Ripa, defendían la obtención de la paz a través de la guerra. De todos ellos, se destaca el pensamiento de Juan Luis Vives, a quien se alaba, no solo por tener un pensamiento adelantado a su tiempo (crítica a la guerra y defensa de un mercado unitario europeo), sino por su pragmatismo.

Por otra parte, en el capítulo quinto, se hace hincapié en la literatura bélica. Torres Naharro en *Soldadesca* (1517), Jerónimo de Contreras en *Selva de aventuras* (1565) o Miguel de Cervantes en *El coloquio de los perros* (1613) incluyen algunas críticas a los abusos de los soldados y a las condiciones en las que estos se encontraban, pero no hay ni mucho menos un

---

<sup>1</sup> A pesar de que, como se explica, en realidad los caballeros medievales se hallan un tanto mitificados, pues, en ese momento de la historia eran más comunes los infantes y la guerra de asedio.

reproche a la guerra como concepto global. El autor advierte que tampoco ha de considerarse así la llamada *Pax Hispánica* de Felipe III, pues fue, más bien, una paz por agotamiento.

La siguiente sección, *Capítulo 6. El imperialismo y la paz* (pp. 213-250), trata sobre algunas cuestiones de la conquista de América: la errónea idea de que las sociedades precolombinas fueran pacifistas; las ventajas militares de los españoles, como la superioridad armamentística; la Guerra de Arauco, en Chile; el sistema de encomiendas, y, especialmente, la famosa disputa entre Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda.

El *Capítulo 7. Guerra y paz en el Siglo de la razón* (pp. 251-285) se centra en la concepción de la guerra y la paz en el Siglo de las Luces. En esta centuria, el contexto sigue guiado por la maduración del Estado moderno, con la consolidación y profesionalización de los ejércitos permanentes, que se había iniciado con anterioridad y que se aunaba a otras transformaciones relacionadas con las nuevas tácticas y una más moderna consideración del ejército.

Tal y como subraya el autor, advertimos, en este panorama, un doble filo: por un lado, nuevos teóricos y tratadistas militares, como Guibert o el marqués de Santa Cruz de Marcenado. Por otro, frente a las nuevas formas de justificación de la guerra, hallamos algunas posturas en aras de la paz. García Hernán no se olvida, en este sentido, de los grandes ilustrados, como Montesquieu, Kant o Juan Pablo Forner. Entre ellos, resalta, por ejemplo, a Voltaire, con una lúcida cita: “Todos los hombres han adorado al dios Marte; [...], pero Minerva, en la *Ilíada*, dice que Marte es un dios furioso, insensato e infernal” (p. 281).

El *Capítulo 8. Nacionalismo, neoimperialismo y... pacifismo* (pp. 287-338) está dedicado a la época que abarca finales del siglo XVIII y principios del XIX. Esta fue una etapa de avances técnicos, como el ferrocarril, que coincidió con una Europa sacudida por Napoleón, una figura en la que se entremezcla mito y realidad, en parte gracias a las memorias redactadas por el conde de Las Cases. Como teóricos militares, se resalta a Jomini y Clausewitz. Más allá de su conocida conceptualización de la guerra como la extensión de la política por otros medios, se aporta una impresionante densidad de teoría militar que trascendió con creces a su propia época. La persistencia de la cultura de la guerra se sostenía ahora sobre nuevos pilares, como el romanticismo o el nacionalismo, pero seguía existiendo un elogio al dios Marte.

Aun así, hallamos una dialéctica con una corriente antimilitarista que se hizo cada vez más patente. En España, había gran descontento social por los reclutamientos y las pésimas condiciones de la soldadesca, lo cual se unía a las críticas desde los sectores intelectuales. Tackeray, Pérez Galdós o Julio Verne son algunos ejemplos a los que recurre el autor, pero, si tuviésemos que elegir, destacaríamos una cita de Erckmann y Chatrian: “Desgraciadamente no tenemos suficientes maestros. ¡Ah, si tuviéramos menos soldados y más maestros todo iría mucho más deprisa!” (vid. p. 337).

El *Capítulo 9. La Gran Guerra y la proyección de la cultura de la paz* (pp. 339-378) examina esencialmente el papel histórico de la Primera Guerra Mundial. En realidad, la Gran Guerra ya se había estado gestando en la época de la “Paz Armada”, una paradoja en sí misma. Llegados a este punto, se señalan algunas crisis que preceden a la Primera Guerra Mundial (1914-1918): Marruecos, Bosnia (1908), Agadir (1911) y las guerras balcánicas (1912-1913).

La Gran Guerra lo cambió todo. Tal y como indica el autor: “[...] no se produjo una tradicional lucha entre dos o más naciones, sino un enfrentamiento entre dos edades distintas, la del romanticismo caballeresco, por un lado, y la de la técnica y movilización total, por otro” (p. 350). El resultado fue una guerra lenta, de posiciones, caracterizada por las trincheras, los submarinos y el uso de gases. El efecto fue devastador: diez millones de muertos y veinte millones de heridos (vid. p. 374), que se añade a los estragos psicológicos. Todo ello generó rechazo entre la población, aunque, paradójicamente, años más tarde, tendría lugar otra gran guerra, que superaría con creces los efectos destructivos de la anterior.

En sus *Conclusiones* (pp. 379-384), García Hernán divide este largo recorrido por la historia de Occidente en varias fases (vid. p. 384): “a la paz por la guerra”, hasta prácticamente la Gran Guerra; “a la paz por el derecho”, con la incorporación de los nuevos organismos y derechos internacionales, y “a la paz por el miedo”, en alusión a la Guerra Fría. A ello propone un último estadio: “a la paz por la cultura”, una *pax* fundada en la reflexión humanística, la educación y las letras.

A mi juicio, el lema con el que concluye el libro es abordado -quizá es uno de los puntos más débiles de la obra- con un cierto halo de optimismo e idealismo, que recuerda a una famosa cita que se atribuye a Unamuno: “El fascismo se cura leyendo”. Algo que, a mi modo de ver, deberíamos poner entre interrogantes, como refleja el gran éxito que pudo tener el nazismo en una de las naciones más cultivadas de Europa. Este libro nos lleva a esta cuestión e incita a una reflexión, no solo histórica, sino también filosófica, sobre el lugar que ocupa la cultura y la condición humana, su capacidad de creación y destrucción, y su camino zigzagueante por la historia.

No podemos negar el paso de una cultura que ensalzaba la guerra a otra que la condena, lo cual ha sido posible gracias a la propia experiencia bélica, tremendamente destructiva, a lo largo de los siglos, y en concreto de las guerras mundiales de la pasada centuria. Paradójicamente, no vemos hoy movilizaciones sociales multitudinarias en contra de la guerra como las de las últimas décadas, como bien podría suceder con la Guerra de Siria, por lo que todavía falta llevar esta cultura de la paz a la práctica.

En suma, *La guerra y la paz* (2019) es una obra esperanzadora que a la vez advierte: “[...] no podemos desperdiciar estas lecciones de la historia. De lo mucho que ha costado llegar hasta aquí” (p. 383). Por ende, la nueva publicación de García Hernán se erige como un recordatorio de que los derechos y la cultura de la paz se han conquistado a lo largo de la historia, y que el papel de la cultura y de las representaciones culturales no ha sido, ni mucho menos, poco importante. Como decía la declaración fundacional de la Unesco en 1948: “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”. Si el lema del autor “a la paz por la cultura” es una especie de utopía, la experiencia histórica demuestra que debemos acercarnos a ella.